LA RIBERA DEL TAJO.

ALBUM DE CIENCIAS Y LITERATURA.

Este Album se publica los días 1, 8, 16 y 24 de cada mes.—El precio de suscripción es por un mes 6 rs., tres 16 y seis 30 tanto en Toledo como fuera, remitiendo su importe en sellos de franqueo ó libranza de fácil cobro á D. Juan Bueno, calle de Belen, núm. 19.

Los señores suscritores que gusten remitir trabajos para su insercion, pueden hacerlo, siempre que estén firmados, y no sean ajenos al objeto de esta publicacion, dirigiéndose á la redaccion, calle de Belen, núm. 19.

Seccion científica.

LOS TRES HERMANOS.

El campamento cristiano se extendía delante de las murallas de Gibraltar, plaza de que se habian apoderado los musulmanes á favor de los disturbios verificados durante la menor edad de Alfonso XI.

En medio del campo se alzaba una tienda lujosa y decorada con las armas de Castilla y de Leon; era la tienda del rey:

Es el amanecer del 26 de Marzo de 1326: el puro cielo de Andalucía se halla empañado por una nieblina pardusca, fea: el aire que se respira fatiga los pulmones: el ejército cristiano tembloroso y contristado observa aquel cielo, respira aquel aire, y el espanto y el terror pánico se pinta en su semblante. Un silencio aterrador reina en el campamento, silencio que ni interrumpe el grito del centinela, que cubierto con su acerada armadura guarda con descuido el puesto que le estaba confiado.

De cuando en cuando, cuatro hombres conducian un cadáver, le daban sepultura, y despues, como asombrados de tanto valor, huian presurosos.

La peste se habia declarado en el campamento. Aquellos hombres que mil veces habian desafiado la muerte en sus continuas luchas, que acero en mano se arrojaban sobre la morisma, despreciando sus alfanjes y gumias, se aterraron ante el enemigo que ahora les acomete, y á la muerte de cada nuevo soldado, un rumor sordo demostraba el disgusto con que se veia la temeridad del fogoso monarca, que contra la cólera divina luchaba por apoderarse de aquella plaza, su única ambicion.

En vano D. Juan de Lara y D. Hernando Manuel, ricoshomes los mas poderosos, disuadian

al valeroso Alfonso XI y le aconsejaban á levantar el cerco: él les contestaba:

¿Qué puede suceder? ¿Que la muerte nos sorprenda en nuestra carrera gloriosa? ¿Dónde puede morir un soldado mejor que en la guerra? ¡Huir el peligro es solo digno de mujerzuelas y de almas débiles! ¡Por mi nombre, que si no os hubiera visto al frente de vuestras mesnadas derribar turbantes y atravesar corazones moros dudára de vuestro valor! ¡Fuera de vanas supersticiones! ¡Antes del 1.º de Abril, Gibraltar es nuestro!

Los nobles callaron: los soldados temblaron ahogando sus réplicas y devoraron su disgusto, porque el rey era muy justiciero, y no hubiera dejado impune aquel acto de rebeldía.

La mañana del 26 de Marzo, un grito terrible salió de la tienda del monarca: acometido de la peste, estaba próximo á espirar.

Ningun remedio humano pudo salvarle, y sucumbió víctima de su afan de conquista y su temeridad.

Este desgraciado fin tuvo el célebre Alfonso XI, que siempre afortunado en sus campañas, redujo á los mahometanos al mas deplorable estado. Sobre su cuerpo, contraido por el dolor y donde estaba impresa la fatal enfermedad que le condujo al sepulcro, colocaron las banderas conquistadas por él, y los valientes veteranos de la batalla del Salado, con lágrimas nacidas del fondo de sus corazones, y quizás las primeras que aquellos valientes vertian, demostraron su dolor y lo mucho que sentian la desgracia irreparable.

Alfonso XI fué un gran rey: envuelta su menor edad en luchas sangrientas entre los nobles que se disputaban la rejencia, apenas tomó las riendas del Estado castigó con firmeza y hasta con rigor á los culpables y sediciosos, y en cambio llenó de premios y repartió mercedes á los que habian sido leales. En su tiempo empezaron á tener fuerza las leyes que su abuelo Alfonso el Sábido promulgó, conocidas con el nombre de *Las Siete Partidas*, reprimió el orgullo de los grandes,